futuro
Suplemento de ciencias de **Página/12**
Año 16 / N° 873 | 10 . 12 . 2005

INMORTALIDAD

El fin del fin



Desde *Todos los hombres son mortales* de Simone de Beauvoir, hasta el reciente libro de José Saramago, *Las intermitencias de la muerte*; desde los elixires de larga vida hasta la búsqueda de la perduración a través de la fama o la criogenia, el anhelo de inmortalidad parece ser una pauta cultural transtemporal, que se disimula con endiosamientos, canonizaciones y fantasías de vida eterna. Hasta es probable que la conciencia de la mortalidad sea el punto de partida de la cultura. No es extraña entonces la conmoción que puede producir la traslación del concepto de lo inmortal de la mitología hasta el terreno de la ciencia ficción o que puedan llegar a causar las actuales investigaciones científicas que tantean a la inmortalidad como hipótesis, alejadas de las fantasías y asentadas a veces dudosamente en la realidad.

El fin...

POR FEDERICO KUKSO

En la cultura televisiva —que todo lo toca y todo lo engulle—, el inmortal tiene nombre y apellido: Duncan MacLeod. Por cuestiones argumentales que nunca se revelaron y que aquí no vienen al caso, este personaje ficticio, de aventuras en los cinco continentes y romances de lo más floridos, se mantuvo siempre congelado en el tiempo, sin agregar a su fisonomía las canas o los surcos dérmicos que vienen asociados junto a la experiencia y los años. La serie se llamaba *Highlander* y continuaba en la pantalla chica –con otro actor y otro *casting*– la saga fílmica que tenía como cara visible al actor Cristopher Lambert, estrella fugaz que tuvo a bien venir a la Argentina a filmar la segunda entrega de estas películas sobre ciertos advenedizos individuos que merodeaban la superficie del planeta sin poder tener hijos, viendo cómo sus amistades desaparecían naturalmente con el tiempo y, un poco más clandestinamente, rebanando cabezas de otros inmortales en una competencia que en miles de años de partida terminaría con un único y solitario ganador.

Pero pese a las arcadas de risa que levantaban ciertos vuelcos argumentales o ríspidos aspectos colaterales de la serie televisiva (como las pelucas y bigotes falsos que, descolocados, revelaban restos de pegamento para adherirse sin mucho éxito a los rostros de los actores, o los rústicos efectos especiales tipo película clase B que recordaban más a fuegos de artificio navideños que a explosiones bélicas), las inclemencias de su protagonista mantuvieron por varias temporadas en vilo a los teleespectadores que de un grupo minúsculo y marginal pasaron a ser en un momento legión, formando clubes y alentando convenciones de fanáticos. Las razones de tal fanatismo se buscaron en los guiones de sus 119 episodios, en alguna característica oculta de los actores y actrices, en las locaciones parisinas donde transcurría buena parte de la trama o hasta en las rutinarias decapitaciones casi higiénicas (no sólo desprovistas de charcos de sangre a la vista sino también sin signo de cabezas rodando), pero no hubo respuestas. Ocurre que en realidad el *quid* de la cuestión no estaba adentro sino afuera: en la frondosa cosmogonía occidental (también presente en muchas narrativas orientales) que cuenta entre su repertorio de personajes inamovibles (el gigante, el golem, las hadas, los gnomos) a la figura del inmortal y a la rebeldía innata que lo mueve: la continua burla a la muerte y a los dictámenes dogmáticos impuestos por la naturaleza.

ALPHA Y OMEGA

Siglos más, siglos menos, el deseo de la vida eterna o de la juventud sin fecha de vencimiento ronda casi desde siempre en las cabezas de la especie humana. No es un invento moderno ni el último capricho de la moda condenado a ser olvidado casi a la misma velocidad a la que se escabulle en la memoria el nombre del ganador del último reality show exitoso. En cierta manera, el atractivo magnético de la inmortalidad (y todos los relatos despertados por ella) anida en la condición limitante de su reverso, la mortalidad. Y por una razón u otra, aquel personaje que se distingue del resto de sus pares por no dejarse someter y doblegar ante este dictamen universal de la naturaleza, termina siendo marginalizado o alzado a la categoría de monstruo: Drácula o los insípidos elfos de la tolkiana saga de *El señor de los anillos* así lo demuestran.

"Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal", sentencia Jorge Luis Borges en "El Inmortal", cuento con el que arranca *El Aleph*. Tal vez así, con esta vuelta de tuerca retórica y profunda se aminore el ansia intrínseca y hasta innata de la humanidad por superar las limitaciones biológicas asociadas al carácter material del cuerpo humano. Sin embargo, por fuera de las páginas mucho no sirve. Con la vorágine fantasiosa despertada por la inteligencia artificial y, sobre todo, la ingeniería genética, los sueños de perpetuación tomaron nuevos aires y reclaman a gritos que alguien los saque del limbo literario y los convierta en crudo dato de la realidad.



Inconvenientes sobran: el salto de la ficción a la realidad es más bien vertiginoso y la muerte –quizás el evento más democráticos de todos– a todos nos llega en algún momento. Sin embargo, una sospechosa tendencia amaga con emigrar del campo especulativo, del país en el que lo imposible es la excepción. Casi como nunca antes, el tema de la inmortalidad en sus diversas versiones y gradualidades (dilatación extensa de la expectativa de vida o lucha contra el envejecimiento) es arrojado a la mesa de debates científicos encendiendo discusiones, hipótesis y sospechas. Nada asegura que alguna vez se alcance tal estado de ser, pero de ahí a que nadie lo investigue o apueste cómo conseguirla hay mucha distancia.

ELIXIRES, ALIENTOS Y CUERNOS DE UNICORNIOS

Hasta la irrupción de la ciencia y de su métodoguía para interpelar a la naturaleza en el siglo XVII, la inmortalidad actuó como motor propulsor de conquista: sobre territorios físicamente palpables y sobre la intimidad impuesta por el propio cuerpo. Los libros de historia no oficiales comentan que Alejandro Magno llegó a la India obsesionado por hallar el "agua de la inmortalidad" o que los españoles y portugueses se adentraron en América en el siglo XVI no sólo por el oro sino también anhelando dar con la "fuente de la eterna juventud". En ambas situaciones –tal vez reales, tal vez ficticias– el ingrediente que hacía colapsar la mortalidad interna venía de afuera y curiosamente en forma líquida. Casi el mismo patrón seguido desde culturas primitivas en las que beber sangre ajena (de animales o de otros congéneres) equivalía no a un acto de irremediable repudio sino a una práctica alentada para absorber cierta carga de "energía vital" que en vez de enfermedades y dolores de estómago sumaban años de vida. El vampirismo y Bram Stoker habrán extraído de la clandestinidad visual estas ingestas, pero nadie le quita a la condesa rumana Isabel Bathory su título de mejor degustadora de sangre: se cuenta que para vivir eternamente acostumbraba bañarse en la sangre de los campesinos que contrataba como sirvientes.

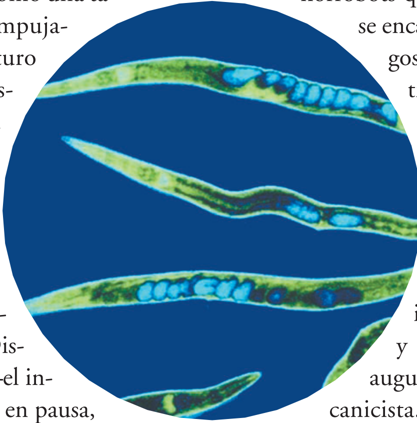




En las zonas donde el agua relucía por su abundancia, en cambio, la llave de la inmortalidad tomó formas gaseosas y sólidas aconsejadas por los siempre maleables alquimistas: aspirando el aliento de jovencitas o masticando mandrágora o cuerno de unicornio, siempre y cuando, alguien los consiguiera.

HIELOS ETERNOS

Anestesiado por los siglos, el empuje ilusorio de la inmortalidad quedó relegado detrás del ansia de progreso indefinido bien del siglo XIX y de las promesas tecnológicas que viajaban con el ferrocarril y se sacudían fervientemente gracias a la luminiscencia de la electricidad. Sin embargo, no se extinguió: quedó allí, como una tarea pendiente, pospuesta y empujada hacia algún momento futuro en el andar rectilíneo de la historia en donde, gracias a la diosa ciencia, no habría aspiración que no se transformara en realidad.



Hasta que empezó a tomar color, forma y más que nada calor lo que con los años se conoció como el "efecto Walt Disney": la criogenia o criónica –el intento de ponerse literalmente en pausa, a través de la congelación, hasta que se encuentren soluciones a cualquier enfermedad– alentada por un tal Robert Ettinger, autor en 1962 de *La prospección de la Inmortalidad*, y habitué de programas vespertinos de la televisión estadounidense. Nadie sabe si sin el rumor –que roza la leyenda urbana a escala internacional– de la puesta en hibernación del creador del ratón Mickey y del emporio más exitoso a la hora de volver a niños y niñas adictas a animales parlanchines y a entretenimientos de dudosa calidad intelectual, la criogenia hubiera conseguido convertirse en una miniindustria como lo es hoy, con cientos de clientes congelados (algunos con sus propias mascotas) –y cuyos familiares ruegan por la no proliferación de disruptivos cortes de luz– en las instalaciones de una empresa llamada Alcor life.

Había nacido el "movimiento inmortalista" en la clandestinidad científica, a la sombra de la seriedad que teñía los primeros avances certeros en la biología molecular y en el entendimiento profundo y por primera vez sistemático de los ladrillos de la vida.

LA RECONFIGURACION DE LO VIVO

Mientras tanto y sin que saliera en la tapa de los diarios, la muerte –feminizada en figura para equipararla y contrastarla con la "madre naturaleza"– mutó en sí misma: de discurrir y exhibirse en ceremonias públicas sin el freno de la vergüenza (como los famosos cortejos fúnebres de actores y actrices políticos como Lenin, Stalin, Evita, Perón, por ejemplo, cuyos cuerpos recorrieron calles y esquinas exhibiendo su inimaginable faceta mortal), la muerte como evento se recluyó en la privacidad en las casas de velorio, como algo a ser ocultado.

Aun así, la sorpresa no viene del lado de los rituales que circulan alrededor de la muerte sino al intento obsesivo por transformarla de imperativo en accidente. Tildados de muestras exageradas de la arrogancia humana, los esfuerzos por redefinirla comienzan a abundar en los exagerados y banales discursos del quehacer científico. Las empresas que tratan de conseguirlo –a través de la ingeniería genética, la informática, la biotecnología y la nutrición estricta– se condensan al menos en nombre en lo que viene a llamarse "tecnologías de la inmortalidad", un título bastante sugestivo, que proponen ir más allá de los retoques cosméticos del lifting y los aditivos corporales de la reposición de órganos a partir de prótesis y cultivos de miembros dañados, para moldear la morfología de la especie humana desde su mismo interior.

Ocurre que con la avalancha de descubrimientos en la materia que precedieron y aumentaron después del Proyecto Genoma Humano, los "ingenieros de la vida" tomaron prestadas metáforas de la informática y se proponen formatear el material genético que hace que un individuo sea tal cual es (alto, bajo, rubio, morocho, narigón, dientudo, pero sobre todo mortal) y lograr que dure y dure. ¿Cómo? Controlando algún día los casi 35 mil genes con los que cuenta un individuo y cambiarlos o introduciendo nuevos para dar lo que la naturaleza quita.

Pretensiones como estas son conocidas también como la "reconfiguración de lo vivo" (que se expone claramente en la lucha contra el envejecimiento, por ejemplo, a través de sutiles cambios en dos genes practicados en un gusanito conocido como *C. elegans*) que se sostiene en una voluntad más profunda, una voluntad de dominación: la de conducir la evolución y redirigirla hacia zonas insospechadas, ayudada en un futuro cercano por nanorrobots que a través de venas y arterias se encargarán –afirman los futurólogos siempre entusiastas– de destruir enfermedades y reconstruir tejidos y órganos.

DOWNLOAD DE PERSONALIDAD

En estos asuntos no faltan aquellos personajes que irrumpen intempestivamente y reparten a diestra y siniestra augurios cargados de naftalina mecanicista. Uno de ellos es Hans Moravec, director del laboratorio de robótica de Carnegie Mellon, y obsesionado por los robots desde chico, quien propone –sin reírse ni hacerse el gracioso– lograr la inmortalidad simplemente descargando la conciencia o la personalidad de uno en una computadora. Evidentemente, su análisis parte de la idea de considerar lo orgánico (el cuerpo) como hardware y lo psíquico como software. La copia de la mente se bajaría a una computadora de algo así como 10.000 gigaflops (1 gigaflop = 10.000 millones de operaciones por segundo) a partir de la cual, conectadas con otras computadoras, podría discurrir en un ciberespacio sin fronteras ni límites.

Así y todo, si Moravec alguna vez vuelve realidad su fantasía científica (si consigue voluntarios primero), lo que se plantea con el solo hecho de pensar en la inmortalidad es un análisis más incipiente de en qué consiste el ser humano, si una de las propiedades que lo caracterizan (y que lo hermanan al resto de los seres vivientes del planeta) se evapora de una vez y para siempre.

Algo por el estilo fue lo que el escritor portugués José Saramago volcó en las páginas de su última novela, *Las intermitencias de la muerte*, en la que se pregunta qué ocurriría si de repente, de un día para el otro –el 1 de enero–, la gente de un país sin nombre deja de morir: las funerarias quiebran, los geriátricos se abarrotan de gente, la iglesia entra en crisis ("sin muerte no hay resurrección y sin resurrección no hay iglesia"). Un relato que excede la anécdota y le da espacio a un tema reservado por ahora a las fantasías desopilantes pero que tratado con justa seriedad revelaría tal vez cómo la especie humana se vería si lo que considera inalterable y dado alguna vez se sacude.

Secretaría de Cultura

CULTURA NACION

SUMACULTURA


La Música de Todos en Humahuaca

DICIEMBRE

AGENDA CULTURAL 11/2005
Programación completa en www.cultura.gov.ar

Exposiciones

Obras recuperadas, en el Bellas Artes
Desde el martes 6, se exhiben las pinturas de Cézanne, Renoir y Gauguin restituidas al museo. Sala Mercedes Santamarina. Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Presentación del calendario 2006
Fundación Huésped.
Palacio Nacional de las Artes. Posadas 1725. Ciudad de Buenos Aires.

21 Primaveras en Democracia recorre el país
Del 10 al 18. Casa de la Memoria y la Vida. Mansión Seré. Santa María de Oro 3530. Morón. Buenos Aires.

Celebridades en la Colección fotográfica del MNBA
Desde el viernes 16.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

De museos... con amor y con humor
Humor gráfico sobre museos.
Desde el sábado 17.
Museo Casa Histórica de la Independencia. Congreso 141. San Miguel de Tucumán. Tucumán.

Goya, la condición humana, en Ushuaia
Casa Municipal de la Cultura "Enriqueta Gastelumendi". Malvinas Argentinas s/nº (y 12 de Octubre). Ushuaia. Tierra del Fuego.

Visitas guiadas para chicos en el MNBA
Los chicos con los grandes.
Sábado 3 y domingo 4 a las 15.

Navidad y Reyes en el MNBA.
Martes a viernes a las 11 y 15.
Sábados y domingos a las 15.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Salón Nacional de Artes Visuales 2005
Escultura y grabado. Del 22 de diciembre al 15 de enero.
Palacio Nacional de las Artes. Posadas 1725. Ciudad de Buenos Aires.

Infancia recurrente
Grabados de Graciela Rodo Boulanger (1961-1972).
Museo Nacional del Grabado. Defensa 372. Ciudad de Buenos Aires.

Las glorias del Imperio
Vestimenta tradicional de Japón y China. Museo de la Historia del Traje. Chile 832. Ciudad de Buenos Aires.

Expresiones de la devoción
Objetos que testimonian la religiosidad en las distintas épocas.
Desde el martes 20.
Museo–Casa del Virrey Liniers. Av. del Tajamar y Solares. Alta Gracia. Córdoba.

Exposición navideña 2005
Pesebres y tradición.
Hasta el martes 20.
Museo Nacional de Arte Decorativo. Av. del Libertador 1902. Ciudad de Buenos Aires.

Música

III Festival de Tango Joven
Del 3 al 18 de diciembre.
Participan Las del Abasto, La Quimera del Tango, la Orquesta Típica Imperial, 34 puñaladas, Mimí Maura y Malevo, entre otros.
Sedes: Buenos Aires (Palacio Nacional de las Artes), Córdoba y Mendoza.

Dúo Cámara Cultura Nación
Dúo Gíntoli - Peluso
Viernes 9. Tandil. Buenos Aires.
A las 10: clínica. Conservatorio de Música Isaías Orbe. Alem 311.
A las 21: concierto en el Aula Magna de la Universidad Nacional del Centro. Pinto 367.

Coro Nacional de Jóvenes
Viernes 16 a las 20. Iglesia de las Victorias. Maestro invitado: Antonio M. Russo. Talcahuano y Libertad. Ciudad de Buenos Aires.

Música coral en el Museo Nacional de Arte Decorativo
A las 18.
Sábado 10. Coro de Farmacia y Bioquímica de la UBA.
Domingo 11. Coro Cantando en Sol.
Sábado 17. Coro Estable de la Municipalidad de Hurlingham.
Av. del Libertador 1902. Ciudad de Buenos Aires.

Música y baile en el Día del Tango
Participan Leopoldo Federico y su orquesta, y 17 parejas de baile de la Academia de Estilos de Tango Argentino (ACETA).
Domingo 11 a las 19.30.
Explanada de la Biblioteca Nacional. Agüero 2502. Ciudad de Buenos Aires.

Cine

Historia de caballeros y reyes
Ciclo de cine. Proyección en 16 mm.
Sábados a las 17.30.
Sábado 10. Fanfan el tulipán (1951). Dirección: Christian-Jaque.
Sábado 17. Los visitantes de la noche (1942). Dirección: Marcel Carne.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Cine en la Manzana de las Luces
Lunes de diciembre a las 20.30
Lunes 5. Cimarrón (1931). Dirección: Wesley Ruggles·
Lunes 12. La diligencia (1939). Dirección: John Ford.
Lunes 19. El caballero del desierto (1940). Dirección: William Wyler.
Perú 272. Ciudad de Buenos Aires.

Teatro

Sueño de una noche de verano
De William Shakespeare.
Dirección: Gustavo Di Leo.
Domingo 11 a las 21.
Manzana de las Luces. Perú 294. Ciudad de Buenos Aires.

Una libra de carne
De Agustín Cuzzani.
Dirección: Andrés Sacchi.
Sábados a las 21 y domingos a las 20. Hasta el domingo 18.
Manzana de las Luces. Perú 294. Ciudad de Buenos Aires.

Actos / Conferencias / Charlas

Temas Argentinos
Jueves 1º a las 19: El aguante. Pablo Alabarces, Norberto Verea y Enrique Macaya Márquez.
Colegio Nacional de Buenos Aires. Bolívar 263. Ciudad de Buenos Aires.

La cultura argentina hoy
Martes a las 19.
Martes 13. El teatro. Rubén Szuchmacher, Tito Cossa, Ricardo Bartís y Raúl Brambilla.
Martes 20. El cine. Jorge Coscia, Tristán Bauer, Manuel Antín y Pablo Scholz.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Café Cultura Nación
Hasta el sábado 10.
Encuentros con personalidades de la cultura.
Viernes en Caucete, Barranqueras, Rafaela, Junín y Bariloche.
Sábados en San Juan capital, Charata, Casilda, Benito Juárez y El Bolsón.

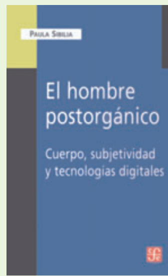
El Poder de la Imaginación II
Presentación del libro
Viernes 16 a las 14.
Instituto Manuel Belgrano, Belgrano 3670, Ciudad de Buenos Aires

Encuentro de Evaluación del Programa La Música de Todos
18 y 19 de diciembre. Corrientes.

Interfaces: diálogos visuales entre regiones
Arte contemporáneo argentino.
Lanzamiento del programa: sábado 10.
Hasta el 8 de enero: muestra de artistas rosarinos y marplatenses.
Teatro Auditorium. Mar del Plata. Buenos Aires.

LIBROS Y PUBLICACIONES

EL HOMBRE POSTORGANICO
Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales
Paula Sibilia
Fondo de Cultura Económica, 272 págs.



La complejidad del mundo se proyecta en múltiples direcciones y a veces encuentra cauces insospechados. No basta con plasmarse en los choques culturales, políticos y económicos cotidianos que azotan al globo, o en la simultaneidad y en los cruces de tendencias que se acumulan y acumulan hasta que un día detonan. También lo hace a un nivel más íntimo, casi molecular, a través de esa segunda piel, ubicua y despóticamente necesaria que es la tecnología, extensión sinuosa y cara visible de la tecnociencia. Los modos de filtración son tan efectivos que su caballito de Troya pasa desapercibido y se hunde en la anonimia a través de la operación suprema del camuflage: la naturalización.

En una época en la que la teleinformática y la biotecnología, de la mano de la digitalización totalizante, se volvieron universales y dominantes –a tal punto de ofrecer realidades y espejitos de colores (supresión total de las distancias, de las enfermedades, del envejecimiento o ni más ni menos de la muerte)– una lectura que se corra de la velocidad intrínseca de los hechos y cuestione las bases filosóficas sobre las que estas tendencias se levantan, se vuelve si no imperativa, al menos necesaria. Tal mirada cuestionadora la ofrece la antropóloga argentina Paula Sibilia en *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales* en el que realiza lisa y llanamente una vivisección del presente tecnológico. Sin ser un libro de filosofía de la técnica en el sentido estricto, sino más bien un ensayo interdisciplinario en el que se prima la mirada oblicua, desnaturalizante, y que pone en suspenso las creencias supuestamente incuestionables que alimentan al *Homo tecnologicus* moderno, la autora reflexiona acerca de la influencia que ejercen la ciencia y la técnica (en particular la biología y la computación) en la configuración de la realidad en que vivimos: desde la imagen del cuerpo a los tipos de subjetividades que sedimentan.

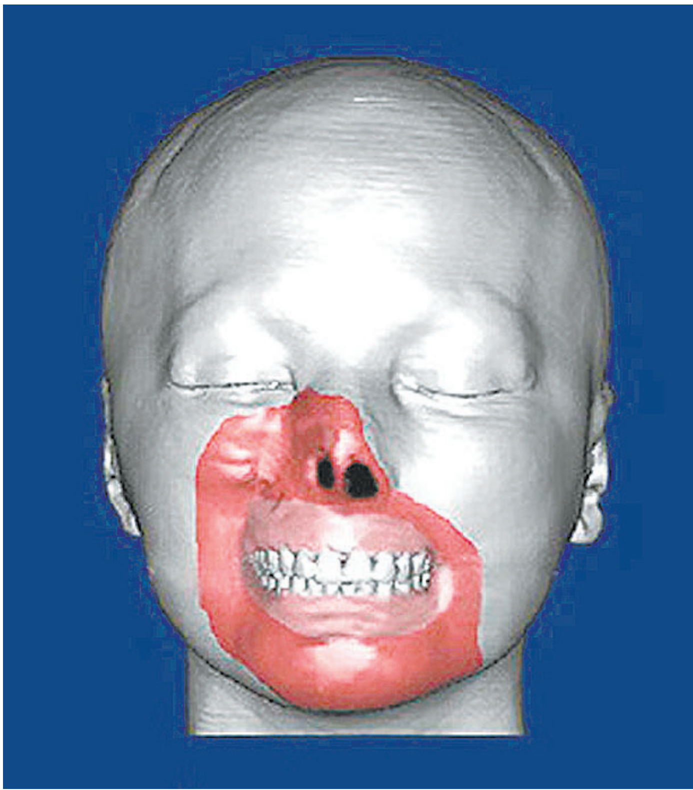
Apoyada principalmente en autores como Michel Foucault y Gilles Deleuze (y en menor medida en Paul Virilio), la columna vertebral de la argumentación de Sibilia consiste en analizar las metáforas que circulan y circularon en cada época (el mundo como reloj, el ADN como el libro de la vida) y en especial los “modos de ser” humano impulsados por la técnica dividiendo el desarrollo científico en dos momentos o lógicas: una tradición “prometeica” –que consiste en la confianza ciega en el progreso, en doblegar técnicamente a la naturaleza, mejorar las condiciones de la vida y apuntando al bien común de la humanidad– y una vocación “fáustica”, la comprensión de los fenómenos para ejercer la previsión y el control, la apropiación ilimitada de la naturaleza, más acorde al capitalismo.

Sibilia no cae en el lugar común de buscar *el* culpable de todos los males de nuestra época, sino que opta mejor por poner al desnudo el esqueleto actual de la racionalidad instrumental y las articulaciones políticoeconómicas en estos tiempos “post” (postindustriales, postevolutivos, postorgánicos, posmodernos), (re)situando a la técnica en el corazón de los debates filosóficos actuales, sobre todo si se entiende que la historia de las civilizaciones es justamente la historia de su técnica.

F. K.

futuro@pagina12.com.ar

BIOETICA: LOS DILEMAS QUE ARROJO EL PRIMER TRANSPLANTE DE ROSTRO





Dar la cara

POR SERGIO DI NUCCI

Habrá que esperar, pero los pronósticos son alentadores. Un nuevo rostro no ha forjado todavía una nueva identidad, pero desde hace solo dos semanas los límites entre fantasía y cirugía se han vuelto más frágiles e inciertos. La noticia ha recorrido el mundo. Una mujer de 36 años, Isabelle Dinoire, cuyo rostro había sido desfigurado por la mordedura de un perro y tenía dificultades para masticar y aun respirar, fue sometida en París a un trasplante de nariz, boca y mentón. La intervención duró más de 15 horas en la noche que separaba el sábado 26 del domingo 27 de noviembre. El donante era un hombre “de proporciones morfológicas compatibles”, que reposaba con muerte cerebral en el Hospital Salengro de la norteña ciudad de Lille. A la historia de la medicina se ha sumado un nuevo hito, según algunos controversial: el del primer transplante de rostro en la Historia.

Ya la literatura y el cine habían incursionado en el tema. En un costoso film de superacción dirigido por el chino John Woo en 1997, traducido aquí como *Contracara* (*Face/Off* en el original), John Travolta y Nicholas Cage intercambiaban sus rostros para despistar a familiares, amigos y enemigos, y así enfrentarse en una batalla épica donde héroe y antihéroe resultaban en suma muy similares, para escándalo del espectador. Las apariencias engañaban, y en el film todo indicaba que el cambio de rostro terminaba siendo un acicate para la fraternidad, antes que para la confrontación. La cirugía que veíamos era inmediata, límpida, de precisión mecánica y sin fisuras, pero los protagonistas –un padre ejemplar, un villano ejemplar– no podían evitar sus propios e intransferibles dilemas morales, de cara a universos sociales tan distintos y cercanos a la vez.

A apenas siete años de distancia, esta ficción en formato fantaciencia ha envejecido de manera irrecuperable. Y lo que en su momento pareció increíble es hoy motivo de dilemas éticos, psicológicos, bioéticos y hasta teológicos.

Se trata de discusiones polémicas y lacerantes que se produjeron apenas se divulgó la noticia en el semanario francés *Le Point*. La intervención fue decidida en secreto, y sin someter la información, como es oficialmente obligatorio, a la Comisión de Etica francesa. Esta comisión se había pronunciado en 2004 en contra del transplante total de un rostro, dejando abierta la vía a los transplantes parciales, como es el caso de esta mujer francesa. Según la Comisión de Etica, y es la opinión también de muchos expertos franceses, los riesgos de la intervención son demasiado altos, y si hubiera complicaciones se producirá “una situación clínica y psicológica todavía peor a aquella que se pretendía reconstruir”. Por otra parte, insisten, ¿en qué medida, es decir, con qué grado de equilibrio puede decidir la paciente una intervención de este tipo, más aún cuando se aducía que la mujer transplantada había intentado suicidarse con una sobredosis de barbitúricos, merced a lo cual el can, un labrador, quiso reavivarla con ardiente intensidad?

Ciertamente, frente a miles de accidentes, el transplante de rostro puede ser la única solución para quienes carecen de uno, o lo ven seriamente dañado. Las consecuencias psicológicas, éticas y clínicas son ineludibles desde el momento en que se habla de una discutible “nueva identidad”, que está reconstruida con el rostro de un donante muerto.

Desde la bioética se ha alertado sobre los riesgos que implica una intervención de este tipo, en lo que respecta al reconocimiento del paciente, y su identidad. Se insiste en que el paciente debe recibir información exhaustiva sobre la operación, y sobre las posibles complicaciones: la posibilidad de rechazo por parte del sistema inmunológico, la dependencia para siempre de fármacos inmunodepresores –que debilitan las defensas inmunológicas, y aumentan por consiguiente los riesgos de cáncer y virus mortales.

Desde la teología católica no hubo condenas, ya que se trató en este caso de un transplante con finalidad terapéutica y no estética. El teólogo italiano Mauro Cozzoli ha señalado que las consecuencias de un transplante de rostro por motivos terapéuticos son más de tipo psicológico que ético, y tendrán que ver con la dimensión íntima, la del autorreconocimiento del propio paciente.

Desde luego, en todo esto no hay precedentes. Y la última palabra, por ahora, es la de la propia transplantada. Según los médicos, Isabelle logró abrir la boca, puede hablar, su ánimo es bueno, come, bebe y hasta pidió un espejo para verse: aseguran que está contenta con su nuevo rostro.

Al español Ortega y Gasset se le atribuye la aseveración de que después de los treinta años tenemos el rostro que nos merecemos. Justamente antes del transplante, un estudio europeo había concluido que, para los europeos, la antipatía depende del rostro. Antipático, al parecer, se nace: cuestiones de rasgos somáticos (la nariz aguda y los ojos un poco oblicuos no transmitirían simpatía). Isabelle parece demostrar una forma de gentileza independiente de todo rasgo facial, propio o adquirido: “*merci*” fue la primera palabra que dijo después de la operación. Y la dijo gracias a ella.

FINAL DE JUEGO

Donde el Comisario Inspector y Kuhn se sienten en peligro

POR LEONARDO MOLEDO

–La verdad –dijo el Comisario Inspector– que este tema de la existencia de los conceptos me lleva al asunto de nuestras propias existencias... ¿no se estarán haciendo demasiado largas? Hace ya, creo, cinco años que estamos aquí y no conseguimos establecer un hilo, no conseguimos hilvanar el fluir de la novela, el relato, que es –eso sí– lo único que existe.

–Pensar en la existencia es doloroso –dijo Kuhn–, ¿qué va a pasar si nos apagamos, si nos oscurecemos? ¿Se acerca el fin de un ciclo? ¿Estamos desvaneciéndonos?

En efecto, el embajador de Inglaterra se veía un poco borroso, o si se quiere, transparente, ya que a través de él se podía leer un cartel que decía “Departamento de Física”, como en la primera parte de *Volver al Futuro*, cuando Marty McFly ve que su mano se va volviendo transparente.

–Es que ahora pienso que nuestra misma existencia literaria está en juego –dijo el Comisario Inspector–, que estamos perdiendo existencia aquí, con las reglas de existencia y no existencia que rigen aquí.

–Me siento en peligro –dijo Kuhn–. En inmediato peligro.

¿Qué piensan nuestros lectores? ¿Es real el peligro? ¿Y están perdiendo existencia?

Correo de lectores

EXISTENCIA INEXISTENTE

¿Existen los conceptos? ¿Hay diferentes clases de existencia? –pregunta el Comisario Inspector, abriendo con ello un abanico de posibles respuestas.

Veamos la cuestión desde mi valoración sobre la certeza de determinadas existencias. ¿Existen mis conceptos? En el punto más alto N de mi credibilidad sobre la existencia, están la existencia de mi mente, mi conciencia, mis conceptos. Siguiendo en orden descendente de credibilidad N-1 de la existencia, sitúo al mundo exterior a mi mente. Continuando en orden descendente N-2, están, entre otras cosas, los mitos, quimeras, entelequias, supersticiones. Y en los últimos lugares, N tiende a Cero, la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, o cualquier otra existencia parecida que se le ocurra a Bush.

Un saludo

Roberto Fedorovsky